

Carta sobre España a Fidel Castro

*Luis Demetrio Tinoco***

Señor: los diarios de esta fecha informan que usted, en el acto de clausura del diálogo juvenil y estudiantil de América Latina y el Caribe sobre la deuda externa, fustigó acerbamente el proyecto de conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América, afirmando que en esa forma se estaría celebrando la iniciación de una época -que calificó con las más duras expresiones- de opresión de las naciones europeas sobre las poblaciones indígenas de nuestro Continente.

¡Qué equivocado está usted!

No tratamos de festejar, por sí misma, una fecha histórica, ni el comienzo de un período que fue de grandezas y miserias, de sublimes acciones y de innobles procederes de la historia de cada uno de nuestros pueblos, de la historia de América, de la historia de la humanidad.

Queremos recordar **aquel momento -el más grande de la historia del hombre después del nacimiento de Cristo** según connotados historiadores- en que se abrió un resquicio en el invisible muro que impedía saber a los aborígenes de América que al otro lado del anchuroso mar vivían otros hombres como ellos, y a éstos conocer de la existencia "más allá de Thule" de otros seres de tez distinta, pero de cuerpo y alma iguales a los suyos; el instante aquel del 12 de octubre de 1492 en que por ese resquicio penetró un rayo de luz desprendido del madero del Gólgota, trayendo con sus ondas electromagnéticas **el mensaje cristiano de caridad y amor que hace ver a cada hombre un hermano en todo otro ser humano, la doctrina divina encerrada en los sublimes preceptos del Sermón de la Montaña.**

Queremos recordar el período de trascendencia sin igual, en que al abrirse aquel resquicio del muro multimilenario, irrumpió violentamente, en esta región de retrasada civilización, la cultura acumulada en veinte siglos por la Europa occidental, para derramarse del uno al otro mar, de la bahía de San Francisco a la Tierra del Fuego, las luces y enseñanzas de los sabios de Atenas, Roma, París, Coímbra, Toledo y Salamanca, recogidos algunos en preciosos códices miniados, en palimpsestos otros, en pergaminos simples los más por los monjes cistercienses o cluniacenses que legaron a la humanidad aquellos tesoros preciosos de la ciencia, la literatura y el arte.

Arquitectura y saber

Se dirá que América también tenía su cultura. Es cierto. Todos los pueblos, todas las épocas, la tienen. ¡Pero, a cuánta distancia de la cultura de Europa se encontraba aun la de las más avanzadas poblaciones de la América indígena! Sí. En los grupos étnicos aztecas, mayas e incas, en los grandes centros de Tenochtitlán, Chichén Itza, Copan y Cuzco, grandes adelantos habían logrado sus clases superiores en el conocimiento de la astronomía, la arquitectura y algunas ramas de la matemática.

Pero, de las más nobles áreas del saber humano ¿qué? ¿Dónde están los antepasados nuestros del tronco aborigen -y digo nuestros porque todos tenemos

* Tomado de La Nación del 13 de octubre de 1985, pág. 15ª.

** Humanista costarricense. Estudió Derecho en Costa Rica e hizo estudios de posgrado en los Estados Unidos. Tuvo activa vida política: Diputado, Subsecretario de Hacienda, Ministro de Educación. Tenido por fundador de la Universidad de Costa Rica durante la Administración Calderón Guardia. Escribió varios libros y muchos artículos. Cofundador de la Universidad Autónoma de Centro América U.A.C.A., la Biblioteca lleva su nombre. 1905-1986.

quien más, quien menos, excepto los inmigrantes de las últimas oleadas, algunas gotas de sangre indígena en nuestra venas- dónde están, repito, los que puedan parangonarse en el saber y en sus enseñanzas con Pericles o Aristóteles, con Platón, Sócrates o Solón, con Arquímedes o Séneca, con Justiniano o Tomás de Aquino, con Homero o Pablo de Tarsos, con Agustín de Hipona o Alfonso el Sabio, con Averroes o Maimónides? Y en arquitectura, no obstante las imponentes construcciones del templo de los Quetzalcoatl y las pirámides de Teotihuacán, y del Templo de los Guerreros y las pirámides del Caracol y del Castillo de Chichón Itza -únicas muestras importantes de la arquitectura indígena aún en pie-, y de los grandes edificios de la antigua Tenochtitlán que se descubren- ¿puede considerarse que se asemeja a las que nos legaron como testimonio de su grandeza y desarrollo sin par el Partenón de Atenas, los edificios del Foro y el Coliseo romano, la columna de Trajano, el arco de Septimio Severo, el teatro de Taormina, el grandioso acueducto de Segovia, las fastuosas obras de la Alhambra y el Generalife en Granada, la Mezquita y su Mihrab en Córdoba, el minarete, hoy torre, de la Giralda de Sevilla, los monumentales edificios góticos de Nuestra Señora de París, la catedral de Reims, el palacio de los Dux de Venecia, las casas consistoriales de Bruselas, las catedrales de Reims, Colonia, Amiens, Santiago de Compostela, Sevilla, León, Burgos y Toledo, la diputación provincial y la catedral de Barcelona? ¿Sus constructores se asemejan a los que descubrieron el arte de vitrificar la arena y llenaron de luz y hermosura con sus ventanales de múltiples y armónicos colores la Sainte Chapelle de París, las Catedrales de Chartres y de León, ¿y tantísimas otras casas de oración de aquellas naciones de cultura greco-latina-árabe?

Orfebrería

Se dirá también que fueron magníficos orfebres y expertos en el tratamiento de la piedra y la arcilla los aborígenes de América. Es verdad. En estos mismos días se encuentran en exhibición en nuestra capital dos mil piezas de oro y otros materiales labradas bellamente, que dicen muy bien de la orfebrería, la lítica y la cerámica de la población indígena. Y en México, en Guatemala, en Bogotá y en Lima, así como en otras ciudades del continente, pueden admirarse también excelentes ejemplares de ese arte. Pero ¿oscurece esa obra de arte la realidad en el Viejo Continente por los pueblos púnico y celtíbero, por ejemplo, en cobre bronce, plata y alguna pequeña parte en oro, como las piezas encontradas en la región de Almería, en las Cavernas de Alta-mira y en la Cueva de los Murciélagos de Granada; las esculturas de Osuna que atesora el museo del Louvre de París; las figuras en bronce que conserva el museo arqueológico de Madrid; la cerámica artísticamente decorada, la figura impresionante de la Dama de Elche; el bronce de Meleagro, sobre la caza; y más recientemente, las estatuillas de barro cocido de Tanagra, y los maravillosos trabajos del Zeus Olímpico y la Atenas Minerva de Fidias, del Centauro, del Cerebero y otros seres mitológicos de la civilización griega; las estatuas de tamaño homérico o natural que adornan desde la época romana o la Edad Media las principales ciudades de Europa; y las siempre admiradas producciones artísticas de Benvenuto Cellini y de otros orfebres de su época?

Pintura

Del arte de la pintura no se puede siquiera establecer comparación, pues, en contraste con lo que ocurre en Europa, en donde se encuentran preciosas muestras de pintura rupestre en las cavernas prehistóricas de Dordoña (Francia), Covalanga y Altamira de España, no existe en América otra muestra de los primeros pasos en la pintura artística que los que aparecen en las piezas de cerámica, y este mismo vacío subsiste durante todo el período precolombino, durante el cual la pintura europea se desarrolló y perfeccionó hasta producir las primeras grandes obras del umbral del Renacimiento.

Universidades

Y, en cuanto a centros de educación, especialmente en su nivel superior ¿qué ofrecían los grandes imperios de Montezuma, de los mayas y del Tahuantinsuyo? ¡Nada! En tanto que en Europa, volviendo las raíces de la cultura griega, se abrían y multiplicaban las universidades o centros generales de estudio, en América sólo se encontraba el vacío, que España se empeñó en llenar, fundando desde los principios del período colonial, los centros superiores de estudio, comenzando por el de Santo Domingo, que disputa a San Marcos de Lima el honor de ser la primera y más antigua Universidad de América, seguida a corta distancia por la de México, cerrada tres siglos más tarde por un gobierno republicano y reabierta por los esfuerzos del gran ministro de educación don Justo Sierra en la administración de Don Porfirio Díaz; y en los años siguientes, la de San Carlos en Guatemala, la de Bogotá, la de Caracas y la de otros varios centros de población.

Esa labor de transculturización, esa obra sabia y generosa es la que queremos reconocer, valorar y exaltar. Porque es a España, a sus hombres de valía de los siglos XVI a XVIII que se debe la transformación del ambiente cultural indígena existente al entrar en contacto esa primitiva civilización, comparable cuanto más con la egipcia de los siglos anteriores al nacimiento de Cristo, con la civilización que el correr de los siglos y la decantación de las enseñanzas de los preclaros pensa-

dores y científicos había elevado a niveles mil veces superiores a los que privaban en el mundo que abrió sus puertas al influjo de **esa corriente salvadora** en la mañana del 12 de octubre de 1492.

Liberación del indígena

Esa, y la obra excelsa de liberar al indígena de su más agobiante trabajo: el de llevar sobre sus hombros fuertes y sus pies descalzos, como si fuera bestia de carga, todos los productos de la tierra, todos los materiales requeridos para la construcción de los grandes y pequeños templos de sus divinidades diabólicas, de las residencias de sus príncipes y oficiales de menor categoría, al no conocer sus sabios el principio elemental de la multiplicación de la fuerza que produce al girar sobre un eje una sencilla rueda y no existir en este continente; pacientes bueyes ni fornidas muías, ni bestias de carga salvo la pequeña llama del altiplano sudamericano.

¿Que se cometieron muchos crímenes mientras esa obra se realizaba? Sí. Es verdad. Crímenes contra los hombres por la codicia de algunos conquistadores que causaron sufrimientos y martirizaron para conseguir la entrega de piezas labradas en oro que luego fundieron sin consideración al valor artístico de lo que destruían. Pero, no puede olvidarse que en la culta Confederación Helvética murió decapitado, en 1435, por orden del Consejo de Constanza, el reformador Juan Hus, y, en la no menos culta ciudad de Florencia, murió en la hoguera, en 1498, el filósofo Savonarola, como había muerto también en Francia, en 1431, Juana de Arco, la doncella de Domremy; y que ya en pleno período colonial habrían de morir, decapitados, en Londres, el estadista Tomás Moro en 1535, las reinas Ana Bolena un año después y Catalina Honvard en 1542, sin hacer especial mención de la espantosa matanza, por motivos religiosos, de la noche de San Bartolomé, que tuvo principio en París y se extendió seguidamente a otras ciudades y pueblos de Francia, todo lo cual indica que nunca fue más verdadera la afirmación de que fue culpa de los tiempos y no de los hombres la que llevó a muchos a no apreciar el valor inmarcesible de la vida humana.

Insuperable labor civilizadora

Queremos recordar y dar testimonio de reconocimiento, a **la no superada labor civilizadora de España**, a la extraordinaria importancia de su obra unificadora del idioma, que hoy permite a trescientos millones de seres humanos expresarse en un mismo idioma común, sin enfrentarse a las fronteras lingüísticas que creaban los mil y tantos dialectos que cayeron al impulso unificador; y también, la improba tarea que tomaron a su cargo, con decisión, abnegación y valor sin límites, **aquellos verdaderos apóstoles de las Indias, que con la única arma de la cruz de Cristo, se adentraron en los más espesos bosques de nuestra América, o cruzaron sus desiertos inmensos, dejando testimonios de su paso, no con cadáveres ensangrentados, sino con monasterios y centros de misión que fueron los núcleos primigenios del sistema educativo** que, al desarrollarse y tomar forma de colegios y Universidades, depositó en la mente y el corazón de los jóvenes la simiente que, cuando llegaron los tiempos, permitió a nuestros próceres criollos cortar el cordón umbilical que nos unía a la monarquía castellana y tomaron sus manos, ya bien preparada, el gobierno de las antiguas colonias.

Ese es el tema y el propósito de la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América.